EN BUSCA DE LA TIERRA SIN MAL

Capítulo 5

Juan salió de la clínica donde le recetaron unos analgésicos para el dolor de su muñeca, y caminando por la ciudad de Mercedes se detuvo en un negocio, ya que había salido sin desayunar nada. Compró medio kilo de chipá y un café con leche para ir tomando mientras buscaba a Antonio por el supermercado para comprar lo que le habían anotado.

Cuando llegó al supermercado, Antonio ya estaba con el carro lleno de provisiones en la caja para pagar. Juan fue colocando las mercaderías para que la cajera las registrara y encontró cervezas, vinos y caña que no estaban en la lista. Miró a Antonio, quien se sonrojó:

- ***Es que se vienen las fiestas patronales dentro de poco***- se excusó.

Juan había notado que la botella de vino que una vez dejó en la heladera había desaparecido, pero no le dió importancia. Ahora entendió que Antonio consumía diariamente alcohol.



Después de almorzar unos fideos de arroz integral, ya que por su condición de celíaca Agos no puede comer los fideos hechos con harina de trigo, salió a hacer su caminata diaria de 10 kilómetros cerca de la laguna. Hacía mucho calor, el aire estaba cargado de humo y en su mochila sólo tenía una botella chica de agua, se había olvidado de cargar la más grande y ya no tenía bebidas hipertónicas. También tenía una barrita de cereales y unas galletitas dulces rellenas de chocolate sin TAAC, que eran su debilidad. Durante su caminata pensó varias veces en llamarlo a su papá, hacía mucho que no hablaba con él.

Jorge, su padre, se había vuelto a su Curuzú Cuatiá natal, después de capacitarse en cáncer en Buenos Aires y Reino Unido. Luego del divorcio de la mamá de Agos, y con una hija chica, pensó que lo mejor era volver a un lugar tranquilo y coincidió que en esa ciudad se estaba abriendo un centro para la detección y tratamiento de diferentes tipos de cáncer. Para Jorge, desde su formación, siempre había sido fascinante cómo se dividían y multiplicaban las células, y como el ADN podía contener tanta información fundamental para la vida. En su paso por el Reino Unido pudo relacionarse con unos investigadores que estudiaban los mecanismos de apoptosis y la acción de los oncogenes. Agos nunca pudo entender cómo le gustaba tanto ese tema que para ella era incomprensible. Quizás por ver lo sacrificada de la vida de su padre fue que se inclinó a estudiar comunicación social primero y psicología después. Pero como a esas cosas a las que uno tanto se resiste en sus padres, y termina repitiendo consciente o inconscientemente, el novio que dejó en Buenos Aires estaba terminando su residencia en oncología. Sus caminatas diarias le permiten reflexionar y pensar mucho sobre su vida y la de sus seres queridos. El llamado de su mamá no fue casual, pensar en su papá tampoco. Como estaba transpirando mucho, decidió hacer un alto en la caminata y se sentó bajo un frondoso lapacho. A lo lejos se escuchaba el canto de

unas pocas aves, y quizás fue ese mismo canto, el viento cálido lleno de partículas, el aullido desesperado de los carayás y el humo que provenía de lejos, los que hicieron que quedara dormida sentada bajo el árbol. No pudo calcular cuánto tiempo se quedó dormida cuando un silbido fuerte la despertó. Se restregó los ojos porque una resplandeciente luz entre blanca y dorada la encandilaba. A medida que la luz se desvanecía, y el calor se volvía sofocante, una dulce voz le hablaba. Creyó recordar ese tono de voz.

- ***De verdad necesitamos tu ayuda. Solos ya no podemos…***

Sin poder articular palabra alguna Agos tenía de nuevo enfrente al Yasí yateré hablándole.

- ***No, no sé cómo… ayudarte-*** contestó Agos mientras intentaba pararse.
- ***Ayudarnos… ayudarte-*** jugó con las palabras Yasí.

En ese momento, una enorme figura que alcanzó a definir se acercó a ellos desde la laguna. Agostina en su asombro no alcanzaba a definir de qué extraño animal se trataba. Yasí riéndose le explicó:

- ***Aunque no lo creas… es mi hermano mayor***

El animal que tenía enfrente tenía forma de un enorme lagarto con cabeza de perro. Era ***Teyú yaguá***, el señor de las cavernas, el primer hijo de Taú y Kerana.

- ***¿Verdad que soy más lindo que él, no?*** - bromeó Yasí- ***lo traje a tomar agua, sufre mucho el calor con los incendios***- le aclaró.

La entrada de los jóvenes guaraníes a la vida adulta se celebraba con ceremonias de iniciación, ya que luego de éstas podían casarse y adquirir las responsabilidades de los adultos. Los varones tenían que colocarse el ***tembetá***, adorno que se ponían en la parte baja del labio inferior, ya que creían que la boca era el lugar de entrada de las fuerzas maléficas.
El ***tembetá*** era colocado por un especialista encargado de perforar con una aguja gruesa de madera la parte inferior del labio y colocarlo. Previamente le daban de tomar mucha chicha de maíz (bebida embriagante fermentada como la cerveza) que servía para adormecerlos y soportar el dolor. Mientras duraba esta ceremonia se rezaba para pedir que el ***tembetá***, usado durante toda su vida, protegiera de la muerte.
Un ritual muy importante para los guaraníes era la ceremonia del "**Yvy Maraey**", también conocida como la ceremonia de la tierra sin mal. Esta ceremonia se realizaba para pedir protección contra los espíritus malignos y para agradecer a los dioses por la abundancia y fertilidad de la tierra, donde consumían un brebaje sagrado llamado **Ayahuasca** y realizaban una celebración al ritmo de los tambores.